



EL ESPÍA DEL RITZ

PILAR
RAHOLA

NOVELA



 Planeta

Pilar Rahola



El espía del Ritz

Rahola, Pilar

El espía del Ritz / Pilar Rahola. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2021.
384 p. ; 23 x 15 cm.

Traducción de: Josep Escarré
ISBN 978-950-49-7414-7

1. Narrativa Española. I. Título.
CDD 863

© Pilar Rahola, 2020

© de la traducción, Josep Escarré, 2020

© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S.A.U., 2020

© de esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Derechos reservados de esta edición

© 2021, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: julio de 2021

2.500 ejemplares

ISBN 978-950-49-7414-7

Impreso en Gráfica TXT S.A.,

Pavón 3421, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,

en el mes de junio de 2021

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

ÍNDICE

PREÁMBULO (12 de septiembre de 1943)

La Rosaleda. «Bodas, comuniones, banquetes».	13
--	----

MIEDO (1942)

Una servilleta de papel	21
La cueva del pirata.	55
El bedel del Ritz.	83
El Reichsführer Himmler en la <i>suite</i> real	93
El hermoso país de los sueños azules	111

RESISTENCIA (1942-1943)

El espíritu de Mariona.	137
Noticias que llegan de Francia	157
El secreto del violín	165
Las perlititas de un collar	195
La niña sorda	203
«Sabía que el Führer no me abandonaría»	217

Glenn Miller en un bosque de Flandes	233
«La vieja Viena de los valsés y el amor»	261
«Alles Gute zum Geburtstag, Herr Hitler»	275

RENACIMIENTO (1944-1945)

La muerte de Bernard Hilda.	297
Capitana Hilda	319
<i>Ikh hab dir lib</i>	333

EPÍLOGO (1947)

Copacabana	351
----------------------	-----

ADENDA

Lista de nombres	373
----------------------------	-----

LA ROSALEDA

«BODAS, COMUNIONES, BANQUETES»

«Ha venido toda Barcelona», dijo eufórico, y los años de mayordomo y nodrizas y un nutrido grupo de sirvientes que le habían mimado desde pequeño se dibujaron en la sonrisa que acompañaba su entrada en el salón. Aquel ambiente de éxito y poder le excitaba el orgullo de clase y le hacía sentirse finalmente seguro. Lejos había quedado la locura revolucionaria que despreciaba a la gente de bien y ponía en peligro el orden de Dios. ¡Qué sería del mundo si los hombres como él no inspiraban respeto! Y entonces respiró aliviado, porque los días en que miraba de reojo, convencido de que algún revolucionario le dispararía un tiro por la espalda, habían desaparecido para siempre. Los suyos habían ganado la guerra, y eran implacables y precisos en su determinación de limpiar de rojos el país.

«No dejaremos ni una rata viva», se dijo mientras ayudaba a su mujer a quitarse la estola de marta cibeli-na que la hacía parecer tan elegante. Y al mirarla, pensó que Merceneta aún mantenía una gran belleza, a pesar de que ya había superado los cincuenta. «Buena para pasearla», y la idea de que aquella gran dama, re-

finada y culta, le pertenecía como el resto de los objetos de lujo que tenía en propiedad, le hizo sentirse poderoso, tan poderoso como los hombres que ahora gobernaban el destino de España. Aunque en los momentos de debilidad reconocía que sentía algo por ella, no la amaba desde hacía años y solo la tocaba cuando le apetecía recordar que era suya, que podía hacer lo que quisiera con ella. No era sexo, era posesión. Para el sexo ya tenía la piel y la boca y los pechos turgentes de una gitanita desvergonzada que alegraba sus escapadas festivas. Y con el recuerdo de aquella piel satinada se apresuró a saludar al gobernador Correa Veglison, que le había hecho un gesto afectuoso.

Merceneta se dirigía a su mesa cuando oyó una voz conocida. «Ha llegado la mujer más guapa de Barcelona», y antes de volver la cabeza ya sabía que aquella voz cariñosa era la de Albert Puig i Palau. «Querido Albert, siempre tan peligroso», le respondió, y la sonrisa recogió la estima que se tenían, ahora aumentada por la complicidad de aquellas actividades de ayuda a los evadidos que, desde hacía semanas, daban sentido a su vida. Lo que no conocía Merceneta eran los vínculos secretos de aquel músico al que admiraba, Bernard Hilda, con su amigo Albert. Era Bernard quien había introducido a Albert en la organización de la Joint, y era Albert quien la había introducido a ella en un círculo de confianzas invisible y perfecto. Tampoco sabía que el violín de Bernard escondía secretos que aún le habrían dado más motivos para admirarle. Pero le bastaba con aquel *jazz* melodioso que hacía desvanecer su tristeza.

En la sala, todo el mundo se preparaba para escuchar a la orquesta de Bernard Hilda, y cuando Albert le dijo: «¿Recuerdas cómo le conocimos, en casa, el día del aniversario de Margarita?», Merceneta evocó aquel gran festejo con más de doscientos invitados en el que, para sorpresa de todos, entró por la puerta un francés elegante, acompañado de cinco músicos, y tocó el *Happy Birthday*. Después, varias piezas, unos *swings* suaves, un *jazz* alegre..., y aquella pequeña orquesta improvisada la había enamorado para siempre. Desde entonces frecuentaba la Parrilla del Ritz y ahora, en La Rosaleda, si no fuera porque era su marido quien la acompañaba y no su amante, seguro que habría disfrutado de una velada exquisita. Pero Eusebi..., ¡cuánta carga, cuánta impostación, cuánta máscara debía usar para poder sonreír!

Hacía un rato que la música acompañaba la velada cuando Merceneta oyó un ruido sordo. Al principio era una especie de rumor lejano que no supo identificar. «Tal vez una pelea en la calle», se dijo, pero el agudo instinto natural que siempre la había protegido la puso en guardia. Y antes de entender con claridad lo que gritaba el grupo de hombres que entraron a trompicones en el local, los colores intensos de los uniformes disiparon sus dudas.

No eran los falangistas que habían visto en el paseo de Gracia, sino un grupo mucho mayor, más de un centenar de hombres, vestidos con la camisa azul mahón, las correas militares ceñidas y la boina roja bien calada, y cuando los gritos de «¡Viva Hitler, viva Mussolini!» atronaron en la sala, todo el mundo se levantó y

alzó el brazo. «El Duce ha sido liberado, ¡viva el Duce!», clamó un falangista con una enorme cicatriz en la cara, y entonces el gobernador Veglison, en un tono autoritario, exigió a la orquesta que tocara *Lili Marleen*. Bernard Hilda reaccionó rápidamente, y a los pocos segundos, sobrepuesto a la situación, las primeras estrofas de *Lili* resonaban en la gran sala de La Rosaleda. «Vor der Kaserne, vor dem grossen Tor...», mientras todos los asistentes entonaban la melodía. Luego, Veglison volvió a pedir la canción, «So woll'n wir uns wieder seh'n, bei der Laterne woll'n wir steh'n», y otra vez... «Wie einst Lili Marleen...» y otra..., y al terminar aquel ritual de exaltación fascista, Merceneta había contado catorce interpretaciones de *Lili Marleen*.

Después continuaron los gritos a favor del Duce y de Hitler, y cuando, finalmente, los falangistas iban a salir del local, el hombre que estaba al mando del pelotón, luciendo la medalla de la Vieja Guardia, se acercó a Bernard Hilda y, con mirada retadora, le espetó: «Sabemos que eres un espía ruso. Ya llegará tu hora».

MIEDO

—

(1942)

Amigo Ramon, te ruego que hagas por mi amigo Bernard Hilda y sus músicos lo mismo que yo hice por ti durante la guerra de España.

Nota escrita en una servilleta de papel
por un tal señor Salmona, dirigida
al director del hotel Ritz,
Ramon Tarragó. Cannes, verano de 1942

UNA SERVILLETA DE PAPEL

Le faltaban pocos meses para los dieciocho años, y aún mantenía el nombre familiar de Levitzky, cuando fue con sus padres a ver el debut de los *ballets* rusos de Montecarlo, en el Teatro de los Campos Elíseos. Recordaba la fecha con precisión, 9 de junio de 1932, porque aquel día había besado por primera vez a Flora, y por la noche, con la interpretación de la *Scuola di ballo* de Léonide Massine, el recuerdo de aquel beso le había emocionado. Nunca había visto un *ballet* tan delicado, y se imaginó que algún día iría a la Ópera de Montecarlo y volvería a disfrutar de aquella danza sutil. «Iré con Flora, ¡nos regalaremos un viaje de novios!», pensó, mientras el *ballet* llenaba de belleza el escenario, y, animado por una inesperada euforia, se sintió el hombre más fuerte del mundo.

De eso hacía ya diez años, y ahora que contemplaba la bahía serena de Montecarlo, el recuerdo de aquel momento feliz le estremeció. Ya no se llamaba Levitzky, había completado sus estudios de violín, se había casado con Flora, había creado una orquesta de *jazz*, los nazis habían entrado en París y, de repente, el mundo se había resquebrajado para siempre. Todo lo

que conocía y amaba estaba enterrado bajo una montaña de escombros, y ya no había sueños por construir ni esperanzas a las que agarrarse, porque la única ley que reinaba en sus vidas era la de la supervivencia. Vivir un día más, cada día, y no ser cazado como una rata, ese era el único objetivo, la única meta, la única religión. Y con esa fe del superviviente había huido al sur con su familia y los músicos, y hacía dos años que la orquesta tocaba en los locales de la Costa Azul, Cannes, Saint-Tropez y, sobre todo, Niza...

«Niza...». Al evocar la ciudad, respiró profundamente, abstraído del paisaje que lo contemplaba. Había pronunciado el nombre con pausada solemnidad, como si fuera alguna palabra sagrada de las parashás del *sabbat*, que, de pequeño, escuchaba en la sinagoga. Después de todo, en aquel rincón cálido del Mediterráneo, él y Flora habían arañado cachitos de felicidad, a pesar de la negrura que los perseguía. Niza parecía un oasis seguro, un estanque en calma, y, por unos instantes, volvió a su cabaret, el elegante Le Perroquet, donde dirigía la orquesta a dos pianos, «Bernard Hilda et son rythme à douze», rezaba el rótulo luminoso de la entrada, y donde su delicada vocalista, Jacqueline Chatenet, interpretaba un *jazz* melódico que se esforzaba por imitar el estilo sui géneris de Marlene Dietrich. Con ese apacible recuerdo, sentado ante la bahía de Montecarlo, esbozó un intento de sonrisa y la melodía de *Le vagabond*, que tan a menudo había interpretado en Le Perroquet, le acarició.

«C'est la vie qui vient qui va, je ne sais pas où elle mène, et la route qui s'en va, je ne sais où m'emmènera».

«No, no sabemos a dónde nos llevará la ruta», reaccionó repentinamente, como si hubiese despertado de un sueño engañoso, y, convencido de que la nostalgia era un lujo impropio en aquellos tiempos sinieistros, recuperó fuerzas y empezó a repasar mentalmente el plan de huida que habían preparado.

Hacía solo tres meses que habían salido de Niza, pero ya acumulaban tantas huidas que no recordaba lo que era una vida sin un plan de escape. Primero la salida precipitada de París, camino de Biarritz, cuando Francia aún no se había rendido, pero las garras de los nazis ya alcanzaban tierras francesas. Recordaba lo que había dicho su padre cuando el primer ministro Paul Reynaud rechazó el plan de paz de Hitler, «los alemanes están heridos por la derrota de la Gran Guerra, y harán lo que sea necesario para ganar. Francia puede caer», y en ese momento toda la familia le miró como si hubiese perdido la cordura. Francia no podía caer, París no podía caer, su mundo no podía derrumbarse, pero ocho meses después los nazis entraban en la capital. Había grabado en su memoria, con precisión de cirujano, cada detalle de aquella noche triste en que su padre los reunió para avisarlos de que debían huir. Esa misma mañana, Italia les había declarado la guerra y aquella noticia le convenció definitivamente. «Mussolini es un fanático, pero es listo, y si se apunta es porque sabe que Hitler ganará y que él formará parte de la victoria». Y con esa frase los conminó a coger lo que fuera básico, porque tenían que salir de París lo antes posible. Cuando su madre se enfrentó a él, convencida de que exageraba la si-

tuación, su padre empezó a relatar los acontecimientos de las últimas semanas casi sin respirar, como si estuviera poseído, y el cuadro que dejó en la sala del comedor, donde la familia le escuchaba boquiabierta al tiempo que asustada, fue tétrico.

—Ese general Rommel, con su Séptima Panzer, está capturando a miles de prisioneros, es un fantasma, no saben ni por dónde llega..., dicen que Reynaud ha llamado a Churchill y le ha dicho que estaban derrotados..., ¿por qué creéis que Churchill ha venido a París precipitadamente...? Dicen que el Gobierno está quemando archivos y se prepara para evacuar la ciudad...

—Pero ese coronel, De Gaulle, está ganando batallas... —respondió su madre con más esperanza que convicción.

—Solo gana tiempo. ¿No habéis visto lo que ha ocurrido en Dunkerque...? Dicen que la mitad de los destructores de los ingleses se han hundido y que han muerto decenas de pilotos de caza. Y ya han caído Bélgica y Holanda y Luxemburgo, y solo hace treinta días que empezaron a invadirnos.

—Papá, no puedes tener razón, París aguantará, Francia aguantará, ya lo hizo en la Gran Guerra... —respondió Bernard con nerviosa insistencia.

—París caerá... —fue la respuesta somera y fulminante.

Cuatro días después de salir de París, con una maleta por cabeza, algunos utensilios básicos, los instru-

mentos musicales, unos pocos recuerdos familiares y los documentos que debían permitirles viajar, las tropas de la Wehrmacht entraban en la capital. Era el 14 de junio de 1940, una fecha que se acababa de convertir en la más triste de su vida. Después, en su refugio del sur, los detalles de aquellos meses siniestros se repetían en las conversaciones, con una obsesión enfermiza, algunos acomodados, otros aterrorizados. Todo el mundo hablaba de la sustitución de Reynaud por el mariscal Pétain, el gran héroe de la batalla de Verdún; del armisticio de paz firmado en el bosque de Compiègne, el día después de la caída de París; del tren en el que había llegado Hitler, el antiguo vagón del mariscal Foch, donde el año 1918 se había firmado el fin de la Primera Guerra Mundial; de la destrucción de la flota francesa, anclada en Argelia, por parte de los británicos; del arresto de Reynaud, condenado a cadena perpetua; del encuentro de Pétain con Hitler en Montoire...

Eran tantas las noticias que se acumulaban, que a menudo Bernard tenía la impresión de vivir dentro de una novela perversa, donde cada acontecimiento infausto no era más que el preludio de otro peor, en una carrera hacia el abismo. Cuando escucharon la noticia del armisticio con Hitler en Compiègne, pensó en su visita a ese lugar histórico, dos años antes. Recordaba el orgullo que sintió al leer la placa conmemorativa de la victoria sobre los alemanes en la Gran Guerra, «la arrogancia criminal del Reich alemán...», rezaba la placa, con soberbia de vencedor, pero ahora, en aquel mismo lugar de la derrota alemana, Hitler se alzaba victo-

rioso. El viejo lema de la República, «libertad, igualdad, fraternidad», acababa de ser sustituido por la nueva idea que el ideólogo de extrema derecha Maurras había inspirado y Pétain había consagrado, «trabajo, familia, patria...».

—«Trabajo, familia, patria». ¿Qué es esto? Esto no es la República francesa, ¡es un simulacro de Tercer Reich! ¡Ese Pétain es un pequeño Hitler! —estalló un día mientras estaba comiendo con su familia.

—Hay esperanza, Bernard, hay esperanza. Fíjate en ese general De Gaulle, desde Londres, no ha reconocido a Pétain y ha hecho un llamamiento para crear un Gobierno de la Francia libre...

Y la respuesta de su madre, con una convicción férrea que no ocultaba la voluntad de interrumpir la conversación, le enterneció. Su madre nunca quería escuchar las malas noticias, era una optimista irreductible, incluso cuando la oscuridad se desplegaba a su alrededor, sin brizna de luz que la desmintiera. Pero las malas noticias eran las únicas de aquella realidad tortuosa. Solo las cifras de los treinta y siete días de invasión resultaban estremecedoras. El runrún hablaba de más de noventa mil muertos, «... y debemos contar a los cientos de miles de heridos, y al parecer hay más de dos millones de franceses en los campos de prisioneros de los alemanes...», no, no había esperanza. Solo había tiempo, tiempo para volver a crear esperanza. Pero había que sobrevivir para vislumbrarla.

A veces, sin ningún motivo aparente, volvía a sentir la punzada hiriente de aquella noche de la huida de

París. Como si una guadaña le hubiera cortado la carne y hubiera penetrado hasta el fondo de sus entrañas y le hubiera partido en dos. Era un dolor físico, especialmente agudo cuando recordaba a su hermana Irene, que se había echado a llorar cuando su padre le dijo que se irían, y, entre sollozos, iba preguntando qué haría, qué sería de su carrera. Hacía pocas semanas que Irene había grabado su primer disco con Émile Stern, y todos los entendidos decían que era una joven prodigio y que tendría una gran carrera.

«Cierto, ¡la tendrá!», se dijo convencido, incluso a pesar de la situación de riesgo que padecían. Y allí, en aquel Montecarlo que le había acogido y ya se afanaba por expulsarlo, listo para una nueva huida, se dejó acariciar por el repaso de los éxitos que ya había acumulado Irene, a pesar de ser muy joven. Era un pensamiento tranquilo, dulce, sanador... La actuación en el Palm Beach de Cannes, con solo diez años, la Niña-jazz, la bautizaron los críticos... El viaje a Bélgica y Suiza con Maurice Chevalier... La *tourné*e por Egipto con la orquesta Des Cadets. Su interpretación de Mae West en el Folies Bergère... Los debuts en las grandes salas del *music-hall* parisino, en el Alhambra, en el Bobino de Montparnasse...

«El Bobino», repitió en voz alta, como si pronunciar el nombre de aquel cabaret mítico en silencio fuera una herejía, y entonces se dejó arrullar por el recuerdo sedoso de la noche en que su hermana actuó en la gran sala del local. «Aquí, donde canta la Môme Piaf, y donde venía el revolucionario Lenin a escuchar al gran Montéhus, ¡aquí cantará Irene!», ex-

clamó su madre con indisimulado orgullo, y los tres entraron por la puerta de la calle de la Gaîté y se sentaron en la primera fila, donde les habían reservado un lugar de honor.

«Una noche luminosa, y ahora...», y nuevamente frenó en seco la nostalgia de aquellos recuerdos amables. Acababa de recordar lo que le habían contado en Cannes: «Incluso Montéhus corre peligro. Fíjate, un cantante tan querido, y ahora tiene que ir por la calle con una estrella de David cosida en la ropa. Por suerte no le han deportado». Pero él no era Montéhus y sabía que si alguna vez le colocaban la estrella de David no sería para caminar identificado por la Francia de Vichy, sino para ir a los trenes que le conducirían a los campos. Su padre tenía razón, había que salir de París antes de que fuera demasiado tarde. «Iremos a Biarritz con la familia Stern. Émile no quiere dejar a Irene. Coged lo más esencial. Y tú, Bernard, no te olvides del violín». Y con el violín a cuestas, la compañía de los músicos de la orquesta y el apoyo de la familia del prometido de Irene, hacía dos años que escapaban de la cacería.

El recuerdo de Irene volvió a abatirle. «¡Con lo feliz que estaba cuando cantó en el Grand Hotel de Cannes!», y recordó aquella interpretación brillante de su hermana ante un público selecto. «¡Han venido Marc Allégret y Jacques Prévert!», decía la gente, y el Grand Hotel se llenaba de glamur, como si no hubiera guerra y los nazis no hubieran ocupado su país. Y luego, las brillantes actuaciones en el Maxim's de Niza...